

ECOSISTEMAS

—Siéntense —dijo Inge Lohmark, y la clase se sentó—: Abran el libro por la página siete.

Ellos abrieron el libro en la página siete, y luego empezaron con los ecosistemas, las dependencias e interacciones entre las especies, entre los organismos vivos y su entorno, el entramado de efectos de comunidad y espacio. De la ley alimentaria del bosque templado de frondosas pasaron a la cadena trófica de la pradera, de los ríos a los lagos y, finalmente, al desierto y a la llanura de marea.

—Como ven ustedes, ningún animal, ningún ser humano puede existir por sí mismo. Entre los seres vivos predomina la competencia. Y a veces también algo parecido a la cooperación. Aunque esto es más bien raro. Las formas más importantes de la convivencia son la competencia y la ecuación predador-presa.

A medida que Inge Lohmark trazaba en la pizarra flechas desde los musgos, helechos y hongos hasta las lombrices de tierra y los ciervos volantes, los erizos y las musarañas, luego el carbonero común, el corzo y el azor, y finalmente una última flecha hasta el lobo, fue surgiendo poco a poco la pirámide en cuyo vértice se hallaba el hombre junto a unos cuantos animales depredadores.

—Lo cierto es que no hay ningún animal que coma águilas o leones.

Retrocedió un paso para contemplar el amplio dibujo hecho con tiza. El esquema de las flechas unía a productores y consumidores de primer y segundo orden, productores con consumidores primarios, secundarios y terciarios, así como los inevitables descomponedores, todos hermanados en la respiración, la pérdida de calor y el incremento de la biomasa. En la naturaleza todo tenía su lugar y, aunque quizá no cada ser vivo lo tuviera, sí tenía un destino: devorar y ser devorado. Era prodigioso.

—Anoten esto en su cuaderno.

Obedecieron.

El año empezaba ahora. El alboroto de junio había pasado definitivamente, la época del calor sofocante y los brazos desnudos. Entonces el sol se estrellaba contra la fachada de vidrio y convertía el aula en un invernadero. En los cogotes descubiertos germinaba la expectativa del verano. La simple perspectiva de desperdiciar sus días inútilmente arrebatada a los chicos toda concentración. Con los ojos puestos en la piscina, la piel aceitosa y el ansia sudorosa de libertad se pegaban a las sillas y cabeceaban pensando en las inminentes vacaciones. Unos cuantos se volvían distraídos e incapaces de razonar, otros simulaban sumisión debido a la proximidad de las calificaciones y dejaban sus controles de biología sobre la mesa de los profesores como los gatos dejan ratones muertos sobre la alfombra de la sala de estar. Solo para preguntar la nota en la clase siguiente, calculadora en ristre, ansiosos por mejorar su promedio tres dígitos después de la coma.

Pero Inge Lohmark no era de esos profesores que bajaban la guardia al final el año escolar solo porque pronto perdería de vista a los que tenía enfrente. No le daba ningún miedo deslizarse en la insignificancia confiando únicamente en sí misma. Cuanto más se acercaba la pausa veraniega, algunos de sus colegas sucumbían a una condescendencia casi tierna. Sus

clases se convertían en un teatro vacío en el cual todos colaboraban, una mirada ensoñadora aquí, una caricia allá, fórmulas cargadas de ánimos, un lamentable visionado de películas... Una inflación de buenas notas, la alta traición en la calificación «sobresaliente». Y sobre todo la mala costumbre de redondear las notas de fin de año para pasar al curso siguiente a unos cuantos casos desesperados. Como si con eso se ayudase a alguien. Los colegas simplemente no entendían que solo perjudicaban su propia salud cuando complacían a los alumnos, y que estos no eran sino sanguijuelas que robaban energía vital y se alimentaban del cuerpo docente, de su competencia y de su temor a incumplir con su obligación de vigilar. Caían encima constantemente, con preguntas absurdas, sugerencias de escaso interés y familiaridades indeseadas. El más puro vampirismo.

Pero Inge Lohmark ya no dejaba que la desangrasen. Era conocida por saber sujetar las riendas y acortar la trailla sin sucumbir a los estallidos de rabia o al lanzamiento violento de llaves. Y estaba orgullosa de ello. Ceder se podía siempre. De vez en cuando, un panecillo de azúcar.

Lo importante era señalar la dirección a los alumnos, ponerles anteojeras para aumentar su capacidad de concentración. Y cuando realmente reinaba el alboroto, solo hacía falta rascar la pizarra con las uñas o hablarles del gusano de la hidátide. En cualquier caso, lo mejor para los alumnos era hacerles sentir que en todo momento estaban a merced de ella. En vez de hacerles creer que tenían algo que decir. Con ella no había ningún derecho a intervenir, ninguna posibilidad de elegir. Nadie tenía elección. La única elección era la disciplina y nada más.

El año empezaba ahora, aunque ya hubiera empezado hacía tiempo. Para ella empezaba ese día, el 1 de septiembre, que ese año caía en lunes. E Inge Lohmark expresaba sus buenas intenciones ahora, en el verano marchito, y no en la deslumbrante Nochevieja. Siempre se alegraba de que su agenda escolar la llevara segura por encima del cambio de año del calen-

dario. Un simple pasar la página, sin cuenta atrás ni entrechocar de copas de champán.

Inge Lohmark recorrió con la mirada las tres filas de bancos sin mover un milímetro la cabeza. Algo que había perfeccionado a lo largo de los años: la mirada omnipotente, inmóvil. Según las estadísticas siempre había dos, como mínimo, que se interesaban por la asignatura. Pero al parecer las estadísticas se hallaban en peligro. Con o sin distribución normal de Gauss. ¿Cómo lo habían conseguido hasta entonces?

Se les notaban las seis semanas de holgazanería. Ninguno de ellos había abierto los libros. Largas vacaciones. Ya no tan largas como antes. Pero aún excesivas. Como mínimo tardaría un mes en volver a acostumbrarlos al biorritmo de la escuela. Al menos ella no tenía que escuchar sus historias. Ya podían contárselas a la Schwanneke, que en cada nuevo curso organizaba un juego para conocerse. Al cabo de media hora todos los participantes estaban enredados en los hilos de un ovillo de lana roja y podían decir los nombres y las aficiones de sus vecinos de pupitre.

Solo había unos cuantos pupitres ocupados. Por eso saltaba más a la vista lo pocos que eran. Un público escaso en su teatro natural: doce alumnos, cinco chicos, siete chicas. El decimotercero había abandonado el instituto, aunque la Schwanneke lo había ayudado muchísimo. Con reiteradas horas de repaso, visitas a casa e informes psicológicos. Un problema de concentración. ¡Qué de cosas había! Simples trastornos del desarrollo. Después de las dificultades para leer y escribir correctamente, las dificultades para calcular. ¿Qué vendría luego, una alergia a la biología? Antes solo había los no deportivos y los no musicales, y a pesar de eso tenían que correr y cantar con los demás. Solo era una cuestión de voluntad.

Simplemente no valía la pena arrastrar a los débiles. No eran sino un lastre que impedía el avance de los otros. Repetidores innatos. Parásitos en el cuerpo sano del curso. Tarde o temprano los menos capacitados se quedarían en el camino. Era recomendable enfrentarlos lo más pronto posible a la ver-

dad, en vez de darles una nueva oportunidad después de cada fracaso. Enfrentarlos a la verdad de que no poseían las condiciones previas necesarias para ser miembros plenamente válidos, es decir útiles, de la sociedad. ¿Para qué servía la hipocresía? ¿Y por qué? Fracasados había todos los años. En algunos casos una ya podía estar contenta de inculcarles unas cuantas virtudes fundamentales: cortesía, puntualidad, limpieza. Era una lástima que ya no hubiese notas para calificar otras como orden, diligencia, cooperación, buena conducta... Un certificado de calificaciones miserable para ese sistema educativo.

Cuanto más tarde se libraba una de un fracasado, más peligroso se volvía este. Empezaba a acosar a los suyos y a plantear exigencias injustificadas: notas finales presentables, una calificación positiva; a ser posible, incluso un puesto de trabajo bien pagado y una vida feliz. Ese era el resultado de largos años de apoyo, de una benevolencia miope y una magnanimidad indolente. Quien hacía creer a esos casos sin esperanza que aún había esperanza para ellos no debía asombrarse si algún día entraban en el instituto con bombas y fusiles de pequeño calibre para vengarse por todo cuanto durante años se les había prometido y se les había escatimado una y otra vez. Y luego vengan las marchas de velas blancas.

Últimamente todos se enorgullecían de su autorrealización. Era ridículo. Nada ni nadie era justo. Y la sociedad menos que nadie. Quizá solo la naturaleza. No en vano el principio de la selección natural nos había convertido en lo que somos hoy: el ser vivo con los surcos más profundos en el cerebro.

Pero con su furia integradora la Schwanneke seguía cometiendo una y otra vez el mismo error. Pero ¿qué cabía esperar de alguien que formaba letras con hileras de pupitres y semicírculos con sillas? Durante largo tiempo una U mayúscula abrazaba su mesa de profesora. Últimamente era incluso una O angulosa, de suerte que quedaba unida a todos y ya no había principio ni fin, sino solo el momento redondo, como había anunciado en una ocasión en una reunión del equipo docente. Dejaba que los alumnos del undécimo curso la tu-

teasen. Inge Lohmark había oído decir a una alumna: «¡Quiere que la llamemos Karola!». ¡Karola! ¡Dios mío! No estaban en la peluquería.

Inge Lohmark hablaba de usted a sus alumnos a partir del curso noveno. Era una costumbre de la época en la que a los alumnos de ese año se les iniciaba en la Juventud. Con cosmos, Tierra, hombre y ramo de claveles socialista. No había un medio más efectivo para recordarles su propia incapacidad y mantenerlos a cierta distancia.

La relación profesional no admitía ninguna proximidad, ningún entendimiento. Era lamentable, pero comprensible, que los alumnos rivalizaran por los favores de los profesores. Arrastrarse ante el poderoso. En cambio era imperdonable la manera en que los profesores confraternizaban con esos adolescentes. La mitad de las posaderas sobre el pupitre. Modas y palabras robadas. Al cuello pañuelos de muchos colores. Mechadas rubias. Solo para familiarizarse con ellos. Sin dignidad. Renunciaban al último resto de decencia por la breve ilusión de una familiaridad. Por delante de todos, naturalmente, iba la Schwanneke con sus preferidos: chicas cuchicheantes a las que enredaba en conversaciones durante los recreos, y víctimas en pleno cambio de voz, ante los que hacía el show más barato de estímulos desencadenantes, con los ojos saltones y los labios pintarrajeados. Seguramente hacía tiempo que no se miraba en el espejo.

Inge Lohmark no tenía ningún preferido, y nunca lo tendría. El exceso sentimental era una exaltación condicionada por las hormonas, que aquejaba a los adolescentes. Descolgados ya de las faldas de sus madres, pero aún incapaces de estar a la altura de los especímenes del otro sexo. En su lugar, un compañero de sexo desamparado o un adulto inalcanzable se convertía en el destinatario de sentimientos inmaduros. Mejillas con manchas. Ojos pegajosos. Nervios exaltados. Un penoso desliz que en casos normales se arreglaba por sí mismo cuando terminaban de madurar las gónadas. Pero, por supuesto, quien carecía de competencia profesional solo se liberaba

de su material didáctico con ayuda de señales sexuales. Profesores en prácticas lisonjeros. Los llamados profesores preferidos. La Schwanneke.

¡Cómo había defendido a un idiota del octavo curso en la reunión del equipo docente! Con el ceño fruncido, había gritado al cuerpo docente con su boca pintada de rojo: ¡Al fin y al cabo, necesitamos a todos y cada uno de los alumnos! Ya solo faltaba que precisamente ella, la Schwanneke, que no tenía hijos y encima había sido abandonada por su marido hacía poco, les viniera ahora con que los niños eran nuestro futuro.

¡Qué futuro ni qué niño muerto! Esos chicos no eran el futuro. Más bien eran el pasado: ante ella tenía el noveno curso. Era el último que se daría en el instituto Charles Darwin, y al cabo de cuatro años harían el bachillerato. E Inge Lohmark debía desempeñar la función de tutora. Eran simplemente el curso noveno. Ya no necesitaban letras añadidas, como las que les asignaban antes, desde la A hasta la G. Con generaciones tan fuertes como una compañía en tiempos de guerra, por lo menos en número. Ahora a duras penas habían conseguido completar una clase. Casi un milagro, pues había sido el año con menor número de nacimientos en el Estado federal. Después ya no había alcanzado para completar los cursos superiores. Tampoco cuando se empezó a rumorear que eso significaría el final del Darwin y los colegas de los tres colegios regionales se pusieron de acuerdo para recomendar generosamente alumnos para la enseñanza secundaria en los institutos. El resultado fue que cualquier niño medianamente alfabetizado era elevado a la categoría de alumno de instituto.

Siempre había habido padres convencidos de que, contrariamente a cualquier recomendación, sus hijos debían ir al instituto. Pero a esas alturas ya ni siquiera había suficientes padres en la ciudad.

No, esos chicos no le parecían ni mucho menos diamantes en la corona de la evolución. El desarrollo era algo muy dis-

tinto del crecimiento. Ahí quedaba demostrado de forma impresionante y aterradora que el cambio cualitativo y el cuantitativo ocurrían con la máxima independencia uno del otro. La naturaleza no era precisamente bonita en ese umbral indeciso entre infancia y adolescencia. Una fase del desarrollo. Vertebrados en crecimiento. La escuela era una cerca. Ahora llegaba el peor momento, había que ventilar las aulas debido al olor de esa edad, almizcle y feromonas secretadas, la estrechez, los cuerpos que se iban formando lentamente, corvas sudorosas, piel sebosa, ojos apagados, un crecer y proliferar imparables. Era mucho más simple enseñarles algo antes de que madurasen sexualmente. Y un auténtico desafío averiguar qué ocurría detrás de su torpe fachada: si iban muy por delante y eran inalcanzables o bien renqueaban detrás debido a cambios estructurales de consideración.

Les faltaba la conciencia de su estado y, sobre todo, la disciplina para superarlo. Miraban fijamente al vacío. Unos seres apáticos a los que se les exigía demasiado. Excesivamente centrados en sí mismos. Cedían a la pereza sin una queja. La fuerza de atracción de la tierra parecía tener un efecto triple sobre ellos. Todo era un esfuerzo sobrehumano. Cada chispa de energía de que disponían esos cuerpos era consumida por la torturante metamorfosis que en nada se distinguía de la laboriosa tarea de una oruga por salir de su capullo. Pero, eso sí, rara vez salía de él una mariposa.

Convertirse en adulto exigía esas formas intermedias amorfas en las que los caracteres sexuales secundarios proliferaban como úlceras. Aquí se demostraba a un ritmo trepidante que la evolución humana debió de ser ardua. No solo la ontogénesis era un compendio de la filogénesis, sino también la pubertad. Crecían. Un día tras otro. En hornadas y durante el verano. Hasta el punto de que después costaba muchísimo reconocerlos. Chicas obedientes se transformaban en bichos histéricos, y chicos despiertos en proletas flemáticos. A ello se sumaba la torpe elección de la pareja. No, original no era la naturaleza. Pero sí justa. La pubertad era un estado en apariencia enfermizo. Solo



se podía esperar que pasara. Cuanto más grande y viejo podía llegar a ser un animal, más se prolongaba su juventud. Para alcanzar su madurez el hombre necesitaba una tercera parte de toda su vida. En promedio, un ser humano joven tardaba dieciocho años en poder valerse por sí mismo. Wolfgang había tenido que pagar por los hijos de su primer matrimonio hasta que estos cumplieron veintisiete años.

Ahí estaban ahora esos recién iniciados en la vida, afilaban lápices y copiaban la pirámide de la pizarra, levantando y bajando la cabeza en un compás de cinco segundos. Aún no formados del todo, pero con una naturalidad insolente y una reivindicación de lo absoluto que era vergonzosa y petulante. Ya no eran niños que tenían que apoyarse continuamente en todas partes y descuidaban el espacio personal bajo dudosos pretextos, forzaban el contacto y la miraban fijamente como gamberros en un autobús interurbano. Eran jóvenes adultos, capaces ya de procrear, pero todavía inmaduros como fruta cosechada demasiado pronto. Para ellos seguramente Inge Lohmark no tenía edad. Más probable era incluso que solo les pareciera vieja. Un estado que ya no cambiaría para sus alumnos. Quien era joven, envejecía. El viejo seguía siendo viejo. Ella había superado hacía tiempo su período de semidesintegración. Por suerte. Así al menos quedaba a salvo de ir cambiando visiblemente ante los ojos de ellos. Una idea tranquilizadora. En cambio ella vería crecer a esa gente, como había visto crecer a otros. Y saber eso la hacía poderosa. Aún se parecían todos entre sí hasta confundirse. Un enjambre con el nivel académico exigido para aprobar el curso. Aunque al cabo de muy poco se volverían ya pérfidamente autónomos, encontrarían un rastro que seguir y cómplices. Y ella empezaría a hacer caso omiso de los jamelgos lerdos y apostaría en secreto por un purasangre. Había tenido buen olfato unas cuantas veces: un piloto, una bióloga marina. No era un botín desdénable para una ciudad de provincias.

Delante de todos se sentaba el hijo de un párroco, timorato, que había crecido entre ángeles de madera, manchas de cera y